

CRISTINA PRADA

Autora de la exitosa trilogía
«Todas las canciones de amor que suenan en la radio»



MANHATTAN
CRAZY
LOVE

Katie Conrad es la chica con más mala suerte del mundo. El destino, su mejor amiga y muchas mentiras con buena fe la ponen frente al trabajo de su vida, pero también frente a Donovan Brent, el hombre más odioso y atractivo sobre la faz de la tierra.

Donovan parece vivir sólo para torturarla. Y aunque Katie no duda en plantarle cara, las cosas casi nunca salen como las planea. Él convierte el sexo en algo increíble, loco y salvaje, y ella tendrá que decidir si eso es lo que quiere o no.

Los cuentos de hadas han vuelto a la ciudad más sexy y sofisticada. Sólo que no son como los recordabas.

Cada día que pasa te quiero todavía más

1

Genial, ¿por qué todo tiene que pasarme a mí? ¡Joder, joder, joder! La maldita puerta está atrancada y me ha dejado atrapada en un cuartucho inmundo. ¡Pensaba que era el acceso a las malditas escaleras!

Pruebo a empujar la puerta con una mano, con dos, mano y pierna, las dos manos y la pierna, sólo pierna, patadas. ¡Joder!

Me paso las manos por el pelo casi al borde de la desesperación. Quizá pueda llamar a alguien. Sí, eso es. Tal vez Lola pueda venir a sacarme. Al fin y al cabo, estoy aquí por su culpa. Si ella no hubiese cerrado su apartamento con las llaves dentro, yo no habría tenido que cruzar toda la isla de Manhattan y traerle las de repuesto.

Pongo el bolso en el suelo y comienzo a buscar frenética. ¿Dónde está el maldito móvil? Cuando por fin lo encuentro, bajo dos chocolatinas y un paquete de clínex, marco el número de mi amiga.

—No puede realizar llamadas. Su línea se ha desactivado temporalmente por falta de pago.

Gimoteo y apoyo mi frente contra la ventana de cristal larga y delgada. Me han cortado el teléfono otra vez. Pensé que tendría línea hasta el lunes.

Abro los ojos y creo que hubiese sido mejor que los hubiera dejado cerrados, porque sólo me sirve para comprobar cómo el autobús número cinco, el que debería estar cogiendo en estos mismos instantes, se marcha de la parada de la 56 Oeste con la Sexta sin mí. ¡Voy a llegar tarde al trabajo!

—Mi vida es un asco —me quejo.

Tiro el móvil de nuevo en el bolso y dirijo mi renovada rabia hacia la puerta. Vas a abrirte maldito trozo de acero. Tengo muchas cosas que hacer. Tiro con fuerza, le doy una última patada y, aunque me hago polvo el pie, parece funcionar porque oigo un chasquido y la puerta finalmente cede y se abre.

Sí, sí, sí. Pego un saltito de alegría y me arrepiento de inmediato. ¡Qué daño! El tobillo me duele horrores. Suspiro hondo. Ahora no tengo tiempo. Recojo mi bolso y salgo de allí.

Espero el ascensor, como debí haber hecho desde un principio, y subo a la planta sesenta del edificio. Está desierta. Nunca había estado en las oficinas de una gran empresa, y no me las imaginaba así. Esperaba ajetreo, cubículos, gente tomando café. Desde luego la tele te da una visión muy distorsionada de la realidad.

—Buenos días —saludo a la chica de detrás del mostrador.

Ella me mira de arriba abajo preguntándose qué hago aquí. No la culpo. Debo de tener un aspecto horrible. Me estiro el vestido y me coloco mejor el bolso. Cuando salí de casa hace una hora, pensé que sería algo rápido. Subiría, le dejaría las llaves a Lola y volvería a mi apartamento antes de irme a trabajar. Y ahora estoy delante de esta chica con mi vestido marrón de pequeños lunares blancos, mis botas de media caña y mi inmensa rebeca a juego con el vestido. Ni siquiera me he maquillado y llevo el pelo de cualquier manera, recogido en una cola de caballo que me he rehecho exasperada en plena batalla con la puerta. Vamos, que debo de estar hecha un auténtico desastre.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

Mi sonrisa le obliga a sonreír. Eso es, empatía, bendita cualidad.

«La pena va más con esta situación».

—Estoy buscando a la señorita Lola Cruz, una de las secretarias de Michael Seseña.

—Se ha equivocado de oficina —me responde amable—. Lola trabaja justo enfrente.

Sonrío nerviosa. Soy estúpida.

—Lo siento —me disculpo.

—No se preocupe.

Salgo de las oficinas y cruzo un ancho pasillo enmoquetado. Ya a unos pasos de la puerta de cristal, puedo ver a Lola sentada a su mesa. Suspiro aliviada y empujo la puerta.

—Por fin llegas —se queja mi amiga al verme.

—No sabes lo que me ha pasado...

El teléfono de su mesa comienza a sonar. Ella me chista y me señala el sofá para que me siente. Intento protestar, tengo muchísima prisa, pero Lola frunce el ceño y vuelve a señalarme el tresillo. Yo pongo los ojos en blanco y finalmente me siento.

Prisa. Prisa. Prisa.

En el sofá ya hay dos chicas. Van impecablemente vestidas y se sonríen cómplices. Yo reviso mentalmente mi aspecto y me revuelvo incómoda mientras me paso con disimulo los dedos por mi pelo castaño rojizo. Tendría que habérmelo cortado. El flequillo casi me tapa los ojos y, teniendo en cuenta que son azules y grandes, los considero mi única arma.

Lola sigue al teléfono. En ese momento oigo de nuevo la puerta y entra un chico con paso decidido, leyendo unas carpetas.

—Lola, ¿has seleccionado ya a la chica?

La verdad es que es guapísimo. Debe de rondar los treinta. Alto, delgado, pero con el cuerpo perfectamente musculado. Tiene el pelo castaño y unos ojos impresionantes, aunque no soy capaz de distinguir el color.

Alza la mirada de las carpetas y la centra en Lola, que sumida en su conversación telefónica no le ha hecho el más

mínimo caso. Él suspira brusco, da un paso hacia la mesa y le cuelga el teléfono. Lola mira sorprendida el aparato y después a él.

—Sé que tiene que ser muy trabajoso contarle a todos tus amigos del barrio gay lo emocionado que estás por tener al fin vagina —comenta mordaz—, pero yo tengo cosas que hacer.

Lola le dedica una furibunda mirada, él una sonrisa, breve y falsa, y yo no puedo evitar sonreír y en realidad no sé por qué. No parece tener muy buen carácter.

—Las chicas seleccionadas le están esperando —comenta Lola arisca señalando el tresillo.

Sospecho que a mi amiga le gustaría lanzarle la grapadora a la cabeza, pero, por cómo se comporta, tan exigente e impaciente, debe de ser uno de los jefes.

El chico en cuestión se gira hacia el sofá. Ambas rubias le esperan con la sonrisa preparada en los labios y él se la devuelve. Es una sonrisa sexy y dura. Da la impresión de saber exactamente lo que esa sonrisa provoca en las mujeres.

Creo que las dos chicas están a punto de desmayarse y yo me siento claramente de más. Además, no quiero meter a Lola en un lío, así que me levanto dispuesta a marcharme.

—Espera un momento, ¿tú quién eres?

Alzo la cabeza y me encuentro con esos ojos claros de un color indefinido. Me mira de arriba abajo con descaro. Por algún extraño motivo consigue que resulte tan atractivo como impertinente. Finalmente sonrío de esa forma diseñada para fulminar lencería y me mira a los ojos.

—¿También vienes a la entrevista? —me apremia.

Pienso en una excusa que no comprometa a Lola.

—Sí, señor Brent —me interrumpe ella.

Pero ¿qué demonios está haciendo?

Aprovechando que él se gira hacia ella, abro los ojos como platos y farfullo un «¿qué coño haces?» que mi amiga ignora por completo.

—Además, se la recomiendo personalmente —añade con una sonrisa.

—Ya, bueno, que tú me la recomiendes no sé si juega exactamente a su favor —replica volviendo su vista hacia mí.

La sonrisa de Lola desaparece de golpe. Desde luego el señor Brent es un encanto.

—No puedo perder más el tiempo —continúa—. Vamos a mi despacho —me ordena.

Gira sobre sus talones y comienza a caminar. Yo miro a Lola y ella me hace un gesto para que lo siga. ¿De qué va todo esto? Además, no puedo quedarme. Voy a llegar tarde a mi verdadero trabajo. Mi amiga entorna los ojos y yo suspiro bruscamente justo antes de comenzar a andar.

Camina muy rápido. No es que corra, pero tiene unas largas piernas que le proporcionan unas grandes y elegantes zancadas. Es un andar muy masculino. No me puedo creer que me esté fijando en eso.

«Elegante manera de decir que le estabas mirando el culo».

Cruza el pasillo y volvemos a la otra oficina, a la que entré por equivocación. Saludo a la recepcionista, aunque él parece que ni siquiera la ve. Pasa varias puertas hasta que finalmente abre una y entra sin mirar atrás o preocuparse de si lo sigo.

Cuando entro yo, él ya está sentado a una exclusiva mesa de diseño de acero blanco y cristal templado. Toda la habitación transmite ese aire de pura sofisticación y acento cosmopolita. Hay un enorme sofá blanco y, encima de él, un fantástico cuadro lleno de color y fuerza. No sé de qué artista es, pero parece de la escuela callejera del Nueva York de los ochenta. Junto a la mesa hay una estantería repleta de libros, revistas catalogadas y coches de colección. Hay al menos tres y no parecen de esos que vienen en fascículos de kiosco, más bien son de los que hizo un artesano

en Centroeuropa y cincuenta años después se venden en una subasta en la televisión por cincuenta mil dólares.

A su espalda se levanta un inmenso ventanal con unas vistas increíbles. Central Park, mi lugar favorito de toda la ciudad, se rinde a sus pies y, a su lado, los rascacielos más asombrosos.

—Si ya ha dejado de admirar las vistas de mi ventana como si acabara de llegar del sur profundo y fuese la primera vez que ve un rascacielos, me gustaría empezar con la entrevista. No quiero perder más tiempo del necesario.

Su comentario me hace clavar de nuevo la vista en él. Observa unos papeles sin darle la mayor importancia a las palabras que acaba de decirme.

Es un auténtico capullo.

Lo miro y abro la boca dispuesta a llamarlo de todo, pero entonces él alza la vista y me observa fijamente. Tiene unos ojos impresionantes. Son de un verde diferente, casi azul. Creo que son los ojos más bonitos que he visto nunca.

Hace un gesto exigente con las manos apremiándome a decir lo que quisiera que fuese a decir, pero yo estoy conmocionada. No entiendo qué demonios me está pasando. Sólo quiero mandarlo al infierno y seguir con mi vida, pero mi cuerpo se niega a cooperar.

—Desde luego no eres muy espabilada, Pecosita.

¿Qué?

—¿Acaba de llamarme Pecosita? —pregunto con un tono de voz tan atónito como visiblemente molesto.

—Tienes pecas, así que te llamo Pecosita —responde como si fuera obvio—. A cada uno se nos conoce por nuestro rasgo más distintivo. A mí puedes llamarme señor increíblemente atractivo —sentencia de nuevo con esa maldita sonrisa.

Río escandalizada y furiosa, muy furiosa.

—Si te sientas y acabamos la entrevista, te dejo que te quedes en el sofá y me mires embobada desde allí mientras trabajo.

—Es...

Llaman a la puerta y otra vez vuelven a interrumpirme. Ahora mismo sólo quiero llamarlo de todo. Bastardo engreído y presuntuoso.

Da paso y su sonrisa se ensancha como si supiese exactamente lo que me sucede.

Lola abre la puerta, camina decidida y le entrega un papel.

—El currículum de la señorita Conrad. Lo había traspapelado.

El señor Brent coge el papel sin dar las gracias y comienza a revisarlo. Yo miro a Lola inquieta en demasiados sentidos. Estoy nerviosa y quiero marcharme de aquí. Además, apostarí los veintiséis dólares que tengo en la cartera, y en mi vida en general, a que ese currículum acaba de escribirlo ahora mismo. Ella me mira y respira hondo, invitándome a hacer lo mismo. Al ver que no se marcha, el señor Brent alza la vista del documento y clava su mirada en ella hasta que Lola se da por aludida, se disculpa y se va.

Cuando oigo la puerta cerrarse a mi espalda, estoy preparada para llamarle gilipollas y largarme.

—Bueno, señorita Katie Conrad —comenta ojeando *mi* hoja de vida—. ¿Nadie le ha dicho que los currículum sin foto no van a ninguna parte? Además, no es demasiado fea... hay quien la contrataría sólo por eso.

Eso ya ha sido la gota que ha colmado el vaso. Estoy demasiado cabreada. Apoyo las palmas de las manos en la mesa y me levanto como un resorte. Él alza la mirada.

—¿Adónde cree que va? —pregunta arisco.

—¿Sabe? Prefiero cortarme todos los dedos de las manos antes que trabajar para usted.

Me giro concienciándome de que no puedo asesinarlo en su despacho y camino hasta la puerta. Pero entonces le noto sonreír a mi espalda y definitivamente no entiendo nada. Sin saber ni siquiera por qué, y a pesar de no haberla visto, me doy cuenta de que es una sonrisa completamente

diferente a las que le he presenciado hasta ahora. Suena sincera, como si realmente le divirtiese.

—Cobrarás unos setecientos a la semana.

Esas seis palabras me dejan clavada en el elegante parque. Es casi el doble de lo que gano ahora y solucionaría todos mis problemas de un plumazo. Ah, pero no quiero trabajar para él. Es odioso y está como un tren, una combinación horrible.

—Trabajarás para Dillon Colby. Bueno, imagino que Lola ya te lo habrá explicado. Por cierto, en el trabajo vístete un poco mejor, Pecosá; por ejemplo, con ropa que no parezca salida del armario de una universitaria con dificultades económicas.

Si sustituimos «universitaria» por «exuniversitaria porque no tuvo dinero para pagar la matrícula del siguiente semestre», ha dado en el clavo.

Suspiro discretamente y me tomo un momento para analizar la situación. Si técnicamente no trabajaré para él, sólo tengo que asentir, tragarme temporalmente mi orgullo y no volver a verlo más. Lo pienso un segundo. Este trabajo me haría la vida infinitamente más fácil. No hay nada más que analizar.

Vuelvo a suspirar, me giro, asiento y me encamino de nuevo hacia la puerta.

—Y otra cosa —vuelve a intervenir.

No sé por qué, me detengo de nuevo. Creo que es su voz. Es grave, muy masculina y sensual.

Suelto el pomo que ya había agarrado y me giro una vez más. Él deja los papeles sobre el escritorio, se levanta, rodea su mesa y se apoya hasta casi sentarse en ella. Tiene sus ojos posados en los míos. No me había dado cuenta hasta ahora de que tiene una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha.

—Lo de que te podías quedar a mirarme mientras trabajo, iba en serio. Después puedo llevarte a tomar algo.

¿Cómo se puede ser tan presuntuoso, tan arrogante, y además tener esa mirada que parece decir que encima debería sentirme afortunada? ¿A quién pretendo engañar? Es tan condenadamente atractivo que imagino que normalmente las chicas se le tiran a los pies y puede permitirse no tener que ser simpático.

—Señor Brent, como voy a trabajar para el señor... —hago memoria rápidamente—... Colby y no para usted, puedo ser sincera y decirle que es un capullo engreído con el que no compartiría ni un vaso de agua en un desierto a cincuenta grados.

—Qué específica.

—Lo que se merecía.

Qué relajada me he quedado.

Él sonríe arrogante, se incorpora de un elegante paso y da otro más para estar peligrosamente cerca de mí.

—El señor Colby trabaja para mí.

¡Mierda!

El señor Brent se queda mirándome con esa maldita sonrisa y ahora mismo yo sólo quiero que la tierra me trague. ¿Por qué siempre tengo que tener la boca tan grande?

—Empezará mañana y en esta oficina.

No. No puede ser.

Sin dejar de sonreír, vuelve a sentarse en su sillón de ejecutivo y yo salgo disparada de su despacho antes de que acabe diciendo otra estupidez.

No me lo puedo creer. ¿Qué acaba de pasar? Es un imbécil y un capullo y no puedo creer que, sin ni siquiera entender todavía cómo, acabe de convertirse en mi jefe, ¡mi jefe! Esto es una auténtica locura.

Desde el pasillo agito las manos hasta que Lola me ve. Con una sonrisa de oreja a oreja corre hasta mí. Me gustaría saber cómo lo hace subida a semejantes tacones.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta interrumpiendo mi inminente bronca.

—Bien, tengo el trabajo, pero...

—¡Tienes el trabajo! ¡Genial! —vuelve a interrumpirme abrazándome.

—Lola, cálmate un segundo y explícame de qué va todo esto, porque no entiendo nada. Para empezar, ¿quién es ese tío?

Lola frunce los labios y se alisa su interminable melena negra recogida en una perfecta cola. Claramente no le cae nada bien.

—Es Donovan Brent, uno de los socios de Colton, Fitzgerald y Brent —dice señalando, como si fuera la azafata de la lotería, un discreto rótulo blanco sobre la puerta de cristal de la oficina de la que acabo de salir—. Tan increíblemente capullo como atractivo. Es uno de los mejores en lo suyo. Eficacia germana garantizada.

—¿Es alemán? —pregunto sorprendida. No le he notado el más mínimo acento.

—Sí, pero lleva viviendo aquí desde crío. Es muy guapo, ¿verdad? —pregunta pícaro.

Asiento. La verdad es que sí y, sin quererlo, me concentro sólo en eso y se me olvida todo lo demás.

—Parece que, al final, vas a tener que agradecerme más cosas aparte del trabajo —comenta perspicaz sacándome de mi ensoñación.

Yo la fulmino con la mirada para ocultar que estoy a punto de ruborizarme.

—No digas tonterías. Es odioso —me defiendo.

—No te preocupes —intenta calmarme—. Trabajarás para Dillon Colby en el edificio Pisano, a unas calles de distancia.

—Me ha dicho que empezaré a trabajar mañana y que lo haré aquí —la corrijo.

Lola me mira confusa.

—No sé, a lo mejor quiere enviarte con los conceptos básicos aprendidos.

—Pero ¿qué conceptos? —Estoy empezando a agobiarme un poco—. Ni siquiera sé cuál es el trabajo.

—Serás el enlace entre Dillon Colby y estas oficinas. Él se encarga de supervisar ciertos negocios para Colton, Fitzgerald y Brent, y tú estarás entre las dos oficinas, asistiéndole.

Mi amiga pronuncia cada palabra como si fuera el trabajo más sencillo del mundo, pero yo no lo veo así en absoluto. Mi agobio va en aumento.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo? —vuelvo a quejarme—. No he trabajado en una oficina en mi vida.

—Es muy sencillo, Katie. Eres organizada y muy inteligente. Tú concéntrate en aprender rápido. Esta noche, cuando vuelvas del trabajo en la cafetería, busca en Google nociones básicas de contabilidad y listo —concluye con una voz fabricada a base de reposiciones de «La casa de la pradera» y pastillas de la felicidad.

—Lola.

Acaba de volverse completamente loca. ¿Nociones básicas de contabilidad en Google?

—Vamos, Katie —me arenga—. El dinero te va a venir de miedo. Te servirá para pagar esas malditas facturas.

Lola conoce perfectamente la situación por la que estoy pasando y sabe que esa premisa pesa más que cualquier otra, incluida la posibilidad de trabajar para alguien tan odioso como Donovan Brent.

—Está bien, acepto, pero no sé cómo va a salir.

—Saldrá genial —sentencia sin ningún tipo de dudas con una sonrisa.

Me hago la enfurruñada, pero no puedo evitar acabar devolviéndosela. Si de verdad sale genial, sería el fin de todos mis problemas. Sin embargo, en ese preciso instante caigo en la cuenta de la hora que es. ¡Llegaré tardísimo al trabajo!

—Toma tus llaves —digo sacando unas de mi bolso y tendiéndoselas.

—Me salvas la vida.

—No te preocupes, y ahora me voy o Sal me matará.

Cruzo la ciudad en autobús, afortunadamente más rápido de lo que pensaba. Cuando entro en la cafetería, Sal me mira con la pala de madera en la mano y refunfuña justo antes de meterse de nuevo en la cocina.

—Lo siento, Sal —gimoteo pasando al otro lado de la barra y anudándome el mandil que mi amiga Cleo me tiende.

—No te preocupes. No se ha enfadado mucho —murmura con una sonrisa.

Se la devuelvo a la vez que me recojo el pelo en un moño alto. La campanita suena, avisándonos de que entra un cliente, y las dos miramos hacia la puerta. Cleo me toca el brazo para indicarme que se ocupa ella.

Este pequeño gastropub se ha puesto muy de moda entre los ejecutivos de los edificios colindantes. No me extraña en absoluto. La comida de Sal es deliciosa y, tras la última reforma, el local ha quedado de miedo.

Me aliso el mandil, guardo mi bolso bajo la barra y suspiro hondo. Lista para trabajar.

A las cuatro todo está de lo más tranquilo. Sal está en el despacho, enredado en facturas, y Cleo y yo nos dedicamos a secar y colocar los vasos.

—¿Y ya le has dicho a Sal que te marchas? —pregunta Cleo.

—¿Por qué iba a marcharme? —inquiero a mi vez confusa.

Cleo, embarazadísima de ocho meses, se lleva la mano a la espalda y hace una mueca de dolor. Yo dejo el vaso que secaba sobre la barra y la llevo hasta uno de los taburetes al otro lado. No deja de protestar en todo el camino.

—Necesitas descansar —le recuerdo.

Ella sonrío pero, cuando apenas me he girado, veo de reojo cómo ya está poniendo un pie en el suelo dispuesta a levantarse. Me vuelvo y la señalo amenazante a la vez que